

RUMER GODDEN

EL RÍO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS DE
JAVIER FERNÁNDEZ DE CASTRO

BARCELONA 2018



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The River*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1946 by Rumer Godden
© de la traducción, 2018 by Javier Fernández de Castro
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, fragmento de
Radha y Krishna en la barca del amor (1755)

ISBN: 978-84-17346-10-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 454-2018

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

El río estaba en Bengala, India, pero a efectos de esta novela y de estos recuerdos, bien podría haber sido un río americano o europeo, haber estado en Inglaterra, Francia, Nueva Zelanda o Tombuctú, aunque no haya ríos en Tombuctú. La esencia de cada uno sería diferente y, como es lógico, la cobra de Bogey hubiese sido otro animal, por la misma razón que el espíritu de cada una de las personas que viviese junto al río sería distinto.

Lo que caracteriza a una familia es el aire. Se habla del «aire de familia»; y nadie ajeno a ella, por más íntimo y querido que sea, lo comparte. Tres personas tenían el mismo aire que Harriet, la niña que vivía en aquel jardín. Eran sus hermanos: Bea, Bogey y Victoria. Habitaban en una casa junto al río: era una prensadora de yute cercana a una pequeña población india. Nunca los habían enviado lejos del trópico a causa de la guerra; esa guerra, la última, cualquiera, no importa cuál.

Qué curioso que la primera declinación y la primera conjugación latinas fueran *guerra* y *amar*:

<i>bellum</i>	<i>amo</i>
<i>belli</i>	<i>amas</i>
<i>bello</i>	<i>amat</i>
<i>bellum</i>	<i>amamus</i>
<i>bellum</i>	<i>amatis</i>
<i>bello</i>	<i>amant</i>

—No consigo aprendérmelas—dijo Harriet—. Ayúdame, Bea. Tú eliges una y yo otra, y las decimos en alto las dos a la vez.

—De acuerdo. ¿Cuál eliges?

—Mejor que tú te quedes con el amor—dijo Harriet.

En las horas más cálidas, ambas se recogían el pelo en un moño alto, pero Bea lucía una cinta color cereza que le daba un aire de *geisha* muy interesante y favorecedor. Mientras estudiaba aquel latín que les era impuesto por decreto, sus cejas parecían unos finos signos de interrogación muy separados entre sí.

—¿Te gusta el latín, Bea?

—No, claro que no, pero si hay que aprenderlo—dijo Bea—mejor cuanto antes. —Se quedó mirando a Harriet—. Siempre te empeñas en detener la marcha de las cosas, Harriet, y no se puede.

Pero Harriet seguía pensando para sus adentros que sí se podía.

Eran las horas más sofocantes y Bea y Harriet, las mayores, tenían que hacer los deberes una frente a la otra en la mesa del comedor. Afuera un sol cálido, pesado y soñoliento caldeaba el jardín; la piedra de la casa olía a hojas, a hierba y a sol. Más allá del jardín, se escuchaba el rumor del río y desde más lejos llegó un grito de Bogey. «¿Qué habrá descubierto ahora?», se preguntó Harriet acomodándose en la silla. El aire que llegaba del ventilador era cálido; los brazos se pegaban a la superficie de la mesa y sentía el polvo seco entre los dedos de los pies.

—Si vas descalza, cogerás lombrices, Harriet—le decía Nana—. ¿Por qué lo haces? Bea nunca va descalza.

Harriet miró entonces debajo de la mesa. Efectivamente, Bea iba correctamente calzada con sandalias.

—No te distraigas, Harry—dijo Bea—. También tienes

que estudiar álgebra y música, y todavía no te has aprendido los versículos de la Biblia. Date prisa.

Harriet suspiró. Latín, álgebra, música y qué más: comer hígado, aguantar las inyecciones, ver un perro rabioso... ¿Cómo se las arreglaba Bea para soportar todo eso como si nada? Y suspiró de nuevo. De momento no podía aspirar a ser como Bea.

—Nana, ¿por qué es tan distinta Bea?

—Siempre lo ha sido—contestó Nana.

—No, está cambiando.

—Se está haciendo mayor—dijo Nana—. Todos tenemos que crecer, nos guste o no.

A Harriet no le gustó demasiado cómo sonaba ese «nos guste o no».

—Ah, bueno—dijo suspirando de nuevo y, como solía ocurrirle, su mente se desbocó y ya no pudo detener sus pensamientos: «Tendré lombrices, todas las lombrices de la India y otras enfermedades, hay un leproso en el bazar sin nariz y se le caen los dedos, si yo no tuviera dedos no podría aprender música ni la marcha *Men of Harlech*».

Se miró los dedos, morenos, pequeños y enteros, excepto el que tenía una uña rota por un golpe de Bogey; en otro se apreciaba un rasguño nuevo de esa mañana y en otros dos, manchas de un amarillo brillante por el tinte que había estado haciendo con las flores amarillas de un arbusto que crecía junto a la cocina.

En el lado izquierdo del dedo corazón de la mano derecha, Harriet tenía un callo; era de tanto escribir; le había salido porque era escritora.

—Cuando crezca seré poeta—dijo Harriet; y tras pensarlo de nuevo añadió—: Me guste o no.

Escribía un diario secreto y en un hueco bajo la escalera escondía un cuaderno donde anotaba sus poemas dentro de

una vieja caja que también le servía de mesa; era su escondite secreto, pese a que no era en absoluto secreto y no tenía necesidad de ocultar su diario porque no podía evitar leerle sus poemas a quien quisiera escucharlos. A veces lo llevaba en un bolsillo del vestido. Ahora estaba escribiendo una nueva composición y al pensar en ella se le empañaron los ojos.

Los pétalos de las rosas que la habían reconfortado desfallecieron, carmesíes, tras haberse marchitado.

—¿Desfallecieron?—preguntó Bea alzando sorprendida las cejas.

Harriet se sonrojó. Sin darse cuenta lo había dicho en voz alta.

—No te distraigas, Harry.

—Sí, Bea: *Amo, amas, amat... Bellum, belli... bello.*

«Amor y guerra. Cuántos niños—pensó Harriet, bostezando—han tenido que aprender esto desde—rebuscó en su memoria algún personaje eminente que lo hubiese hecho—Julio César, pongamos, o Poncio Pilato (tuvieron que aprenderlas, eran romanos), o incluso Jesús... si es que Jesús fue a la escuela». Bostezó de nuevo y se hizo con su *Manual de la historia universal*. «Amores y guerras—pensó mientras pasaba las páginas—. Desde Jerjes, Alejandro, los godos y los hunos, Arturo y Ginebra, Ricardo Corazón de León, Marlborough, Kitchener. Amor y guerra, amor y odio, todo junto y revuelto».

Recordó que no tenía deberes de historia pendientes y sí versículos de la Biblia, por lo que cerró el libro y abrió la vieja Biblia de su padre que usaban para estudiar. «Incluso desde Adán y Eva—recitó Harriet a toda prisa—, Caín, Abel, Jacob, Lía y Raquel, los Hijos de Israel y todos los demás. También en los cuentos y en las obras de teatro», y se

quedó mirando a Bea, que sujetaba por los bordes las páginas de Shakespeare agitadas por el ventilador. «Shylock y Porcia, Romeo y Julieta, Cleopatra y...». Ésta era la que más le gustaba, pero incluso pensando en ella le sorprendía que nadie se hubiese cansado de tanto amor y tanta guerra. Y creía que, aunque algunos se hartaran, siempre habría otros dispuestos a empezar con la misma cantinela.

«Es tan propio de la vida como el vivir—pensó Harriet—. Naces, eres un chico o una chica y vives hasta que mueres... Te guste o no. Sí. Nana tiene razón. Todo *pasa* te guste o no, aunque me parece que se puede vivir muy bien sin una guerra... y quizá sin ser amado. Pero confío en que alguien me ame tanto como a Cleopatra, y me gustaría no ser tan chica... Los niños no tienen amores ni guerras. —Se puso a trazar circunferencias en el libro de álgebra—. ¿O sí los tienen?—se preguntó—. ¿Los tienen a su manera?».

Un tambor empezó a redoblar suavemente en el pueblo. Se oía a lo lejos. Harriet se levantó.

—¡Es la noche del *Diwali*, Bea!

—Ya lo sé. Pero si no has terminado los deberes—puntualizó Bea—no te dejarán ir.

A Bea la noche del *Diwali* le gustaba tanto como a Harriet, pero cuando se emocionaba sabía reprimir su excitación igual que contenía sus odios y sus simpatías. ¿Cómo lo hacía? Harriet la miró durante un buen rato y luego volvió a tomar asiento desconcertada.

—Pensaba que te habías olvidado—dijo.

—¡Eso es imposible!—respondió Bea—. Escucha los tambores.

Los tambores llevaban resonando todo el día en el pueblo y sus alrededores. El *Diwali* era la celebración hindú de la Fiesta de las Luces.

En todas las religiones hay celebraciones rituales a lo

largo del año y cada familia conmemora las que considera más importantes. Quizá las de los chinos y los católicos son las más elaboradas, aunque las de los ortodoxos y los hindúes no les van a la zaga, y también en el Tíbet hay festividades maravillosas. Sorprendía que una familia europea celebrase el *Diwali*, pero en casa de Harriet, como ocurría en cualquier mansión de la India, siempre había alguien que celebraba alguna de las diferentes festividades que se sucedían: Nana era católica; Abdullah, el viejo mayordomo, era mahometano al igual que su ayudante, Gaffura; Maila, el recadero, era un budista procedente del estado de Sikkim; los jardineros eran brahmanes hindúes, descendidos del cielo; el barrendero y el aya eran hindúes intocables y Ram Prasad Singh, el portero, tan amigo de los niños, era de una secta sij. Ahora los jardineros estaban en el bazar comprando las lamparitas de barro, el aceite y las mechas flotantes para la ceremonia, mientras que Abdullah y Maila no mostraban el menor interés. Los niños participaban en el *Diwali* porque es una festividad irresistible y emocionante para cualquiera que viva en un país donde se celebre.

«Cuando se haga de noche—pensó Harriet, paseando la mirada por cualquier sitio que no fuese los deberes—, Ram Prasad nos habrá comprado cientos de lamparitas». Estaban hechas de barro y tenían forma de corazón, de tarta o de hojas, y costaban dos rupias cada una (una rupia era la tercera parte de un penique): «Las llenaremos de aceite y les pondremos una mecha flotante; entonces las colocaremos por todo el tejado y en las ventanas, las situaremos en fila sobre las escaleras y encima de la puerta, y después las encenderemos. Habrá luces en todas partes y en todas las casas; y en el río las encenderán en los barcos y los veremos pasar, y también observaremos cómo se alejan otras lucecitas encendidas sobre las balsas; los hindúes

ricos darán fiestas y ofrecerán comida a los pobres y habrá fuegos artificiales, y nos quedaremos levantados hasta tarde para verlos».

Para los niños el *Diwali* era también el inicio oficial del invierno. Aparecía el pulgón y al anochecer millones de insectos volaban en torno a las lámparas. Los jardineros empezaban a plantar hortalizas y semillas para que crecieran las flores. Hacía frío por las mañanas y al atardecer el rocío era más espeso y había más mosquitos. Con el *Diwali* llegaba el invierno, la estación fría. «Es la mejor época del año», pensó Harriet entusiasmada. Lo esperaba con ilusión y lo imaginaba como una sucesión de placeres. «Pronto habrá fogatas—pensó Harriet—y guisantes de olor. Me pregunto qué vamos a hacer este invierno. ¿Qué sucederá?». Otras personas mucho más sabias ya se lo habían planteado y Harriet se respondió lo mismo que dirían ellas: «Nada. Nada en absoluto. Aquí nunca pasa nada».

A continuación le preguntó a Bea:

—Bea, ¿va a venir esta noche el capitán John?

Bea alzó la cabeza.

—Supongo que sí—contestó, y añadió indecisa—: Qué fastidio.

—Sí, qué lata—dijo Harriet—. ¡Qué lata, qué lata, qué lata!

—Este invierno tiene que ser tranquilo—había vaticinado su madre—. Ya hay demasiada desgracia en el mundo. Hombres y mujeres heridos, niños muriendo de hambre...

—¡Pero mamá!—exclamó Harriet inquieta.

—Sí—afirmó la madre con dureza—. Piensa en el capitán John.

—No quiero pensar en el capitán John—contestó Har-

riet algo brusca—. ¿Por qué tiene que haber un capitán John?—preguntó enfadada—. Y si tiene que haber uno, ¿por qué ha de venir aquí?

El capitán John había venido porque intentaba rehacer su vida y ganarse el sustento. Tras haber sido prisionero de guerra, había logrado escapar, aunque había estado ingresado en un hospital más de un año. Fue torturado en un campo de prisioneros, aunque ya estaba herido cuando llegó allí. Era un hombre joven, o lo había sido, pero ahora su rostro macilento y enjuto apenas permitía adivinar su edad. Tenía el cuerpo rígido y la amputación de una pierna a la altura de la cadera le obligaba a llevar una artificial y muy pesada que lo hacía andar torpemente. A los niños se les había pedido que tuvieran cuidado con lo que le decían. Rehuía a los mayores, pero parecía gustarle visitar el cuarto de juegos. «¿Por qué viene?—se preguntaba Harriet—. ¿Qué quiere?». Parecía querer algo, buscar algo. ¿Pero qué era?

Al principio Victoria era su predilecta, lo cual sorprendía a Harriet porque Victoria lo trataba de una forma tan displicente que resultaba escandalosa.

—No deberías comportarte así, Victoria—le dijo Harriet un día—. El capitán John fue muy valiente. Luchó hasta que un disparo hizo que perdiese una pierna.

Victoria posó sus ojos castaños en el capitán John mientras pensaba en él.

—¿Y por qué no luchó hasta perder la otra pierna?—preguntó.

A pesar de todos sus comentarios, Victoria seguía siendo su predilecta.

—¿Lo ha invitado Victoria a venir esta noche?—quiso saber ahora Harriet—. ¿O es cosa de mamá?

—Nadie lo ha invitado—respondió Bea tras guardar un momento de silencio—. Él me preguntó si podía venir.

—¿Te lo pidió?—se sorprendió Harriet.

Estaba convencida de que las personas mayores nunca pedían nada.

—Por lo visto le gusta venir—dijo Bea.

Harriet se la quedó mirando desde el otro lado de la mesa, pero sólo alcanzaba a ver la frente y los párpados entornados del rostro de Bea mientras leía un libro. La sombra de su cinta de pelo dibujaba sobre su mejilla una mancha en forma de mariposa. Estaba más ensimismada que de costumbre.

El río de Harriet tenía una milla de ancho y fluía mansamente entre bancos de lodo y arena blanca. Cruzaba unas llanuras de yute y algodón que alcanzaban el horizonte bajo el peso azul del cielo.

—Si tengo cierto sentido del espacio—afirmaría Harriet ya de mayor—, se lo debo a ese cielo.

El río desembocaba en el mar a través del delta en la bahía de Bengala, su destino final. Había vida en sus profundidades y en su superficie: vida de peces autóctonos, de cocodrilos y de marsopas, que surgían del agua y daban volteretas en el aire mostrando su piel de color gris y bronce, iridiscente bajo el sol; flotaban bancos de jacintos de agua que florecían en primavera. El tráfico por el río también le otorgaba mucha vida; navegaban los vapores correo con chimeneas negras y ruedas de paletas, que hacían romper las olas contras la orilla; remolcadores a vapor que arrastraban barcasas de yute; barcos nativos hechos de mimbre sobre los cascos de madera en cuyas proas tenían ojos pintados y viejas velas desplegadas al viento; había también barcos de pesca con forma de media luna flotando en el centro del río y pescadores de piernas flacas que chapoteaban

en las aguas poco profundas provistos de cestas de mimbre y de unas redes pequeñas y muy finas que lanzaban para atrapar unos pececillos brillantes del tamaño de un dedo. Los peces eran parte integrante del tráfico y cada parte de ese tráfico abrigaba sus propios objetivos, pero el río los arrastraba a todos en su corriente.

La pequeña ciudad yacía inmersa en la monotonía de la vida bengalí, rodeada de campos y aldeas y del lento río. Había plantaciones de mangos y depósitos de agua, y una calle principal en la que se hallaban el bazar, una mezquita de cúpula blanca y un templo con pilastras cuyo tejado plateado estaba hecho de latas de queroseno prensadas.

Harriet y los niños conocían a fondo el bazar; frecuentaban la tienda en la que compraban cometas de papel y exquisitas hojas de fino papel brillante; también sabían dónde se vendía *paan*, una curiosa mezcla de cigarrillos indios y nuez de areca, envuelta en hojas de betel; cintas de colores para los pijamas y agua de seltz; conocían las tiendas de cereales y de especias y las confiterías, que olían a azúcar y mantequilla, y los comercios de bisutería y de telas, en los que lucían expuestos los rollos de tela con atractivos diseños de plumas y festones estampados, así como los trajes para niños, prensados como si fueran de papel y colgados oscilantes en la entrada.

Había una sola carretera, elevada respecto a los campos para que las inundaciones de los monzones no la anegaran; atravesaba aldeas y abigarrados bazares, y pasaba por los encorvados puentes; por ella circulaban carretas de bueyes y peatones, aparte de algún automóvil ocasional. Avanzaba hasta el horizonte por la ondulante planicie de Bengala, flanqueada por un puñado de aldeas situadas en lo alto, como la carretera, entre mangos, bananeros y cocoteros. Las bauhinias no tardarían en brotar a lo lar-

go de aquella vía y salpicarla con sus flores blancas y curvadas como valvas. En ese momento los cultivos estaban secos, pero a ambos lados de la carretera quedaban restos del agua que había cubierto los campos en la estación de lluvias y que emergía entre las manchas de jacintos de agua, al tiempo que los martines pescadores surgían como un relámpago azulado para ir a lucir sus encarnados pechos sobre los hilos del telégrafo.

El río podía verse desde la carretera, pero su amplitud sólo se apreciaba por la lejana línea de sus riberas, la más próxima de las cuales estaba cubierta de edificios, bazares, altos muros, almacenes con tejados de chapa ondulada y chimeneas industriales. El paso de una ribera a otra se hacía en unos barquitos con cubiertas de mimbre. En embarcaciones similares los niños salían a pescar perlas. Se trataba de perlas de río rosadas, pero quienes las encontraban eran los buceadores y no los niños, porque éstos no lograban que los ganchos bajasen a suficiente profundidad; los buceadores se zambullían desnudos hasta el lecho del río.

Harriet y sus hermanos vivían en la Casa Grande de la fábrica. Ésta se había extendido al otro lado del bazar y a lo largo del río, y los edificios de la empresa y los jardines se alzaban en el extremo opuesto. La vida de las familias estaba condicionada por el trabajo de los mayores, como la casa de un médico, de un escritor, de un músico o de un misionero: toda la familia debe adaptarse a las condiciones de vida que imponen las diferentes profesiones; en el caso de estos niños, el yute era lo que marcaba sus vidas.

El yute crecía en los campos y los niños conocían todo su ciclo: empezaba con las semillas, cuya germinación investigaba su padre en la granja del gobierno; seguía con la aparición de los brotes, momento en el que tenían prohibido cabalgar en los sembrados con los ponis, y culminaba con la

siega y la puesta en remojo en el agua al borde de los caminos, en las acequias de los campos; en ese estadio su hedor lo impregnaba todo. Lo veían llegar a la fábrica en barcos autóctonos y en carretas de bueyes, y observaban cómo lo apilaban bajo un techado para después lavarlo, escardarlo y clasificarlo mientras las grandes prensas subían y bajaban, y lo convertían en unas balas sedosas y doradas de intenso aroma. Se fijaban en cómo lo transportaban hasta los barcos y lo cargaban formando grandes pilas en vapores y barcazas que lo llevaban río abajo hasta las fábricas textiles de Calcuta.

El estruendo de la fábrica atravesaba el muro: el traqueteo de las vagonetas sobre los raíles y de los carros de mano arrastrados por culis renegridos y sudorosos; las prensas y la maquinaria a pleno rendimiento y el resoplido de los fuelles y el ruido del martilleo contra el acero en la fundición; los golpes de las básculas, los gritos de los supervisores de mercancías, el golpeteo de las pacas y el sempiterno resoplar del vapor, paf-paf; era como un latido en la cotidianidad de los niños. En la penumbra de las salas de prensado relucían los tubos y las abrazaderas de latón cuando descendían sobre los montones de yute blanquecino que eran expulsados ya en forma de bala. Allí reinaba el olor a polvo de yute y a carbón, a vapor, a aceite recalentado y a sudor humano, que en conjunto era uno de los aromas que acompañarían a los niños durante toda la infancia, como el olor del cáñamo y el incienso, de la mantequilla india de freír en el bazar y de la miel de las flores de la mostaza y de los rábanos en los campos y, en tiempo de cosecha, el olor del yute en remojo. En la fábrica había miles de culis, pero a ojos de los niños eran tan insignificantes como las hormigas. (Bogey tenía la costumbre de comer hormigas para volverse más sabio). En el edificio de oficinas de hormigón de dos

pisos trabajaban un sinnúmero de empleados, *babus* con camisas de muselina blanca y *dhotis*; algunas veces, los niños iban con su madre a visitar a las esposas de los *babus* y eran obsequiados con limaduras de coco azucaradas y *sandesh*, un dulce de leche envuelto en papel de estaño. La fábrica poseía su propia flota de lanchas bautizadas con nombres de pájaros: *Pigargo*, *Abubilla*, *Oropéndola*, *Cormorán* o *Agachadiza*; cada una tenía su propia tripulación. Había porteros o peones que usaban turbantes amarillos y unos bastones para vigilar las puertas.

Al otro lado de la fábrica se encontraban la Casa Blanca, en la que vivía el capataz; la Casa Roja, compartida por sus ayudantes, y la Casa Pequeña, ocupada por el ingeniero. Todas ellas tenían sus propios jardines adosados al de la Casa Grande.

Otras fábricas a las que llegaban jóvenes asistentes oriundos de Inglaterra y Escocia, sobre todo de Escocia e incluso de Grecia, se encontraban diseminadas a lo largo del río. Los asistentes se presentaban sin saber nada, aprendían el oficio y por lo general se convertían en magnates. Más adelante se casaban y, con demasiada frecuencia, en opinión del padre de Harriet, sus esposas terminaban alcanzando una talla descomunal.

En el pueblo había más europeos: el señor Marshall, magistrado de distrito, y un médico, el doctor Paget. En el pasado hubo un cuartel, pero ahora lo único que quedaba era la hilera de tumbas del pequeño cementerio europeo en el que crecían árboles como la mimosa, que daba esas flores como bolitas. Una de las tumbas pertenecía a un muchacho, Piper John Fox, que había muerto dos siglos atrás a los catorce años.

Es posible que a las personas mayores que vivían allí el lugar y la vida les resultasen extraños, limitados y tediosos;

para los niños era un universo. Vivían en la Casa Grande, que tenía un gran jardín junto al río y un enorme alcornoque indio, florido, al pie de la escalinata frontal. Tales eran los confines de su mundo, que hasta aquel invierno había sido un mundo totalmente feliz.

Una mitad de Harriet deseaba seguir siendo niña; la otra mitad quería ser adulta. Se preguntaba a menudo: «¿Qué haré cuando sea mayor? ¿Cómo será?». Y muchas veces les preguntaba a los demás: «¿Qué serás cuando crezcas?». Solía ser Harriet quien iniciaba estas conversaciones, que no gustaban a nadie salvo a Victoria, demasiado niña para saber qué era, ni siquiera entonces.

—Cuando sea mayor, seré enfermera de la cruz rosa—dijo Victoria.

—Quiere decir de la Cruz Roja—explicó Nana.

«¿Y yo qué seré?», pensó Harriet, soñadora. Le parecía que las posibilidades eran infinitas.

—Yo podría ser monja—dijo—, o quizá misionera, para ayudar a los demás. O doctora. Sería maravilloso hacerse doctora para salvar la vida de las personas y entregar la tuya. —La imagen era emocionante—. Maravilloso—repetió Harriet—. ¿A ti no te gustaría, Bea?

—No—dijo Bea—. Quiero que mi vida sea sólo para mí.

Harriet era demasiado sincera para negar que ella pensaba lo mismo, así que renunció al sueño de la medicina.

—Hay mucha gente mayor que no parece haber llegado muy lejos—dijo. Pensaba en personas que conocía, como Nana, su padre, su madre, el doctor Paget o el capitán John.

«No son importantes—pensó Harriet, perpleja. ¿Por qué? No parecía importarles—. Pero yo quiero ser importante, y lo seré».